

Exploraciones en el Valle de Mexicali

Raúl Navejas Dávila
Universidad Autónoma de Baja California

Las exploraciones del valle de Mexicali después de la llegada de los colonizadores hispanos a otros lugares del territorio mexicano, fueron aleatorias, esporádicas y subordinadas a propósitos militares, políticos o de índole religiosa. No se veía el bajo delta del Colorado como un lugar donde la economía, ya fuera agrícola o minera, tuviera posibilidades de desarrollo. Esto lo propició en parte el clima inclemente, la agresividad de las tribus aborígenes que tampoco fueron doblegadas por el avance de los misioneros jesuitas y dominicos, además de la lejanía de este rincón del extenso territorio de la Nueva España, de los grandes centros de población fundados durante los tres siglos de hegemonía ibérica.

Después del fracaso de Hernán Cortés en establecer una colonia en la Bahía de Santa Cruz (hoy La Paz, Baja California Sur), se realizaron varios viajes de los que provienen las primeras demarcaciones de las costas de la península en el Pacífico y en el golfo. Influyó también en esto la pasión por descubrir míticos y fabulosos reinos situados hacia el norte, de los que trajeron noticias el naufrago Alvar Núñez Cabeza de Vaca y sus acompañantes. El conquistador no deseaba dejar esta iniciativa al virrey Antonio de Mendoza y quería adelantarse. Con este propósito mandó en 1539 tres barcos cuyo capitán era Francisco de Ulloa, con la consigna de avanzar al norte lo más posible. Zarparon de Acapulco el 8 de julio y después solamente salieron ilesas dos embarcaciones, el *Santa Águeda* y el *Trinidad*. Tras navegar frente a las costas de Sonora y Sinaloa, Ulloa alcanzó la desembocadura del Río Colorado el 28 de septiembre. Allí se encontraron con la rabia de las olas de la marejada, el furor del Mar Bermejo al encontrar las aguas del Colorado, caudal que mostraba toda la violencia de un derrame impresionante desde su delta hasta el golfo:

comenzamos a ver el agua blanca y a manera de agua de río, y yendo navegando por esta agua vimos una tierra al sudoeste, ocho o nueve leguas de nosotros, y pensando que era isla fuimos a ella por verla y saber qué cosa era, y cuanto más a ella nos llegábamos tanto menos fondo hallábamos, hasta que nos venimos a poner en cuatro o cinco brazas, y la mar toda bermeja y hecha un cieno, y a causa del poco hondo en que nos hallábamos y de la turbación del agua, surgimos para buscar caminos para llegar más a aquella tierra ... y hallamos una canal, dos leguas de la tierra firme, de hondura de ocho brazas, por la cual entraban dos mareas en veinticuatro horas por su orden y concierto de creciente y de menguante, sin discrepar punto, y con tanta corriente de creciente y menguante que era cosa maravillosa, dejaba en seco cuando menguaba, y henchía cuando crecía, más de dos leguas que había desde donde estábamos, a la tierra firme; surgimos en esta canal porque era tarde para pasar adelante ... y como aclaró el día y era baja mar vimos toda la mar por donde habíamos de ir, entre una tierra y la otra, cercada de bajíos, y más allá de esto vimos entre una tierra y otra muchas cabezas de cerros, y lo bajo de ello no lo pudimos ver por la longitud de la tierra, y visto que por estas causas no podíamos pasar adelante, salté en tierra en un bajío

que estaba allí cerca y tomé la posesión por vuestra señoría, y después de tomada nos salimos fuera de aquella canal con la marea e hicimos la vía del sudoeste para la vuelta por la tierra que allí nos aparecía....

Los navegantes denominaron a este lugar “Ancón de San Andrés y mar Bermejo”, porque el agua que surcaban los navíos era de ese color y porque la fecha de su arribo fue el día de San Andrés.

Se sabe que la palabra “ancón”, que actualmente significa bahía, quizá aludía en el siglo XVI, más bien, a un canal sujeto al flujo de las mareas, el que conectaba una extensión de agua con otra. Este viaje no resolvió la duda de si la California era una isla o de si había un río que se convertía en estrecho para dar paso a una tierra fabulosa. No se inspeccionó con detenimiento el delta del Colorado porque los barcos de Ulloa no tenían mayor alcance, y quizá también, como sucedió casi un siglo después con la expedición de Nicolás de Cardona, porque carecían de bastimento.

En 1540, el capitán Melchor Díaz recibió órdenes del supremo expedicionario Francisco Vázquez de Coronado, que le exigían ir al alcance de la flota de Fernando de Alarcón, a quien se le había encargado antes, cuando zarpó de Acapulco, refrescar con víveres a la misma expedición de Coronado.

Cabalgar desde el centro de Sonora o Valle de Corazones (sitio de su campamento) hasta el lugar donde confluyen los Ríos Gila y Colorado (muy cerca de Yuma), no parece nada fácil actualmente. Mucho menos lo era a mediados del siglo XVI, cuando el Nuevo Mundo era un verdadero acertijo y el encuentro con lo inesperado lo normal. Desde la mencionada junta de los ríos partió Melchor Díaz con 25 soldados, y al cruzar el Colorado en balsas incursionó en lo que hoy son los valles de Mexicali e Imperial.

De parte de Alarcón solamente encontró, al llegar a esa encrucijada, muy cerca de la desembocadura del caudaloso río, unas cartas enterradas al pie de un árbol. “Pasó adelante de este río Melchor Díaz cincuenta leguas adonde halló la tierra muy arenisca, ventosa y llena de grandes y altos médanos, los cuales se mudan muy a menudo de unas partes a otra y los recios y ordinarios vientos los hacen crecer y disminuir a grande y pequeña altura”, dice Baltasar de Obregón. Al leer esto recordamos las dunas situadas al oeste del poblado de Los Algodones y que se extienden más allá de la frontera internacional. Barrera infranqueable en un tiempo que motivó el uso del canal del Álamo por territorio de México para llevar agua al Valle Imperial, en California, a principios del siglo XX.

Melchor Díaz seguramente comprobó que ahí era ancón, o sea, una entrada de mar que no tenía salida, por lo que se dedicó a explorar la costa opuesta del golfo, luego de cruzar el río. De ese modo llegó a un lugar aledaño al actual Cerro Prieto, como lo comprueba la crónica de Pedro de Castañeda, escrita hacia 1560, en relación a la expedición de Coronado, de la que Melchor Díaz fue miembro:

dieron en unos médanos de ceniza ferviente que no podía nadie entrar a ellos porque fuera a entrarse a ahogar en la mar. La tierra que hollaban temblaba como témpano que parecía que estaban debajo algunos lagos. Parecía cosa admirable que así hervía la ceniza en algunas partes que parecía cosa infernal.

Éste era un digno remate del camino que habían seguido: el camino del diablo. En el regreso al campamento de Sonora, ubicado cerca de Ures (punto de su partida), la aventura cobró, en algún lugar de la vereda, su derecho de peaje, con la muerte casual e imprevista, de manera poco heroica, del capitán Melchor Díaz. Se hirió con su propia lanza al tratar de espantar

a un perro que molestaba el ganado que llevaban de bastimento. Tardó 20 días en fallecer. Así se consumó una primera etapa en el conocimiento del desierto del Colorado y su posterior colonización.

En 1610 Nicolás de Cardona era capitán de una flota que navegó desde Cádiz a Veracruz al mando de Juan Gutiérrez de Garbilla. Por Real Cédula de 1611 en favor de su tío Tomás de Cardona, Sancho de Merás y Francisco de la Paraya, se le encargó construir seis navíos para explorar el golfo de California, colonizar la península y explotar sus yacimientos de perlas. En 1613 partió para Nueva España, consiguió buzos en la Isla Margarita (perteneciente a Venezuela) y llegó a Veracruz en 1614. En Nueva España contrató al capitán Juan de Iturbe y prosiguió hacia Acapulco, donde construyó tres barcos: el *San Antonio*, el *San Francisco* y el *San Diego*, a fines de 1614. A principios de 1615, ante la amenaza del corsario holandés Joris Van Spielbergen, Cardona participó en la construcción de las defensas del puerto, lo que retrasó la partida de la expedición. En mayo siguiente, en compañía de dos frailes franciscanos, zarpó hacia el golfo de California. Tomó posesión de la bahía de La Paz y exploró el golfo hasta la desembocadura del río Colorado, después de hallar algunos puertos y placeres de perlas. Parece que la exploración tuvo más infortunios que ganancias.

Cardona, basado en sus apuntes de viajes y exploraciones, escribió posteriormente en España, entre 1627 y 1632, sus “Descripciones geográficas e hidrográficas”, donde se relata lo siguiente, acerca del umbral de la desembocadura del Río Colorado y, por lo tanto, las inmediaciones del actual valle de Mexicali. Es evidente que su pensamiento estaba muy condicionado por una inclinación a suponer la existencia del Estrecho de Anián, espejismo geográfico que tardó en desaparecer del repertorio de los cartógrafos de la época:

Navegamos, y desde esta costa del continente, toda la costa de la California aparecía a una distancia de ocho leguas y con muchas montañas muy altas. Alcanzamos los treinta y cuatro grados de latitud norte en una bahía que nombramos Santa Clara, y habiendo anclado en cuatro brazas nos encontramos en un suelo seco, a semejanza de las mareas altas y bajas en esa área. No encontramos agua a pesar de las infinitas búsquedas que hicimos y pozos que excavamos. Vimos flamencos y dunas de arena, un signo de que el viento del norte sopla fuertemente. Reconocimos un infinito número de colinas que contienen plata. Desde esta bahía parecía que el continente se unía con la California, pero después de navegar y cruzar hacia el otro lado se veía que el mar dividía la tierra....

“Por esta razón imagino que éste es el estrecho de Anián, o por lo menos prueba que California es una gran isla y no parte del continente”, remató de manera tajante Nicolás de Cardona.

El historiador Walther Meade aclara que esta confusión, derivada de un mito muy arraigado, se debió a que la desembocadura del Río Colorado pudo haberle causado la impresión de tratarse de un brazo de mar por su caudaloso torrente.

En 1772, ante el avance de colonos rusos e ingleses sobre California, el comandante del presidio de Fronteras, Sonora, Juan Bautista de Anza, planteó al virrey Bucareli la conveniencia de abrir un camino terrestre desde Sonora hasta la Alta California. El 17 de septiembre se le dio autorización y emprendió un recorrido con 20 soldados que partieron de Caborca, el 8 de enero de 1774; después de cruzar el Río Colorado y llegar a las costas del Pacífico alcanzó el puerto de Monterrey el 18 de abril, tras una escala en la misión de San Gabriel. Regresó a Tubac el 27 de mayo y se le ascendió a teniente coronel. En México entregó al virrey Bucareli un diario de su viaje y el 24 de noviembre recibió órdenes de reunir colonos y soldados para la ocupación del

puerto de San Francisco.

El 23 de octubre de 1775, 240 expedicionarios salieron de Tubac por la ruta establecida el año anterior, o sea el denominado Camino del Diablo, que se localiza en la extrema esquina suroeste del actual estado de Arizona, en Estados Unidos. Se extiende desde la frontera de Sonoíta, en México, hasta la desembocadura del Gila en el Río Colorado, donde hoy se localiza Yuma. Atravesaba una tierra árida y despoblada, plana, pero sin abastecimiento seguro de agua, entre el Río Sonoíta y el Gila, a una distancia de 218 km. No existen arroyos y el agua disponible se almacena en cavidades naturales de la roca, procedente de aislados chubascos.

La larga procesión de la expedición colonizadora del comandante Juan Bautista de Anza, fue encabezada por exploradores, como vanguardia, y a continuación las familias de hombres, mujeres y niños, seguidos por un extendido desfile de bestias de carga. Los animales de cría venían al final, para minimizar las nubes de polvo levantadas por sus extremidades. Además de todo lo necesario para su traslado, se asignó a cada uno de los colonos cierta cantidad en prendas de vestir, a la vez que el real erario se comprometió a pagarles un sueldo durante dos años. Por otra parte, un número superior a 1,000 animales iba incluido en esta caravana.

El 28 de noviembre la abundante comitiva de De Anza vadeó el Río Gila y se dirigió al oeste para, a continuación (inclinándose un poco al sudoeste), llegar a una enramada que había preparado para los recién llegados el cacique yumano Salvador Palma. Una legua más abajo se juntaba el Colorado con el Gila.

Enseguida se dedicaron a buscar, entre la vasta arboleda, un vado para que pasase la expedición. Cuando lo encontraron se despidieron de sus acompañantes cocomarcopas, cuyo territorio terminaba ahí.

Todos los expedicionarios pasaron el Río Colorado, el 30 de noviembre, sin que hubiera ningún percance. Recorrieron 1 legua al noroeste, pero luego se detuvieron en la orilla de la misma corriente. Desde allí el padre Francisco Tomás Garcés se dirigió 1 legua al oeste para encontrar a Salvador Palma en su casa, quien ayudaría a fabricar un jacal para él y Eixarch, vivienda que ocuparían mientras regresaba la expedición. Esa noche se le entregó a Salvador Palma un vistoso uniforme que le había enviado el virrey como agradecimiento por los servicios hechos a los españoles.

El día 3 a Garcés y Eixarch se les dieron provisiones, ya que se encargarían de localizar nuevos sitios para fundar establecimientos misionales. Se quedaron con los frailes siete personas: dos españoles, tres intérpretes, un indígena y un niño.

El día 5 Garcés decidió visitar los pueblos o rancherías que se encontraban a orillas del Río Colorado. Después de recorrer 15 leguas al suroeste, a partir del jacal que construyeron, llegó a la Laguna de Santa Olaya, localizada al este del actual Valle de Mexicali. Allí lo estaban esperando el comandante De Anza, el padre Pedro Font (experto en la observación de latitudes por medio de instrumentos) y toda la expedición.

Era un lugar difícil para el ganado que llevaban, por la abundancia de arbustos. En los alrededores de la laguna, situada en la latitud 33° 33', se encontraban aborígenes quemeyá, quienes, calzados con huaraches de mezcal, bajaban ocasionalmente desde las montañas para recolectar fruta del río.

Aquí empezaba también la nación quehuenche, de los cuales muchos acudieron al sitio para recibir tabaco y cuentas de vidrio. El padre Font describió así la gente que vio en el lugar:

Las mujeres todas, aunque sean pequeñas y hasta chiquillas de pecho, llevan unas nagüillas que se hacen de la corteza del sauce y del álamo, las cuales benefician algún tanto, y hechas tiras, las ensartan o entretejen por un cabo, y con ellas

forman una especie de delantales, que se amarran en la cintura con un cabestro, uno por delante y otro por detrás, el de atrás algo más largo que el de delante, y les llegan hasta las rodillas, con los cuales, como son de tantas tiras o listines estrechos como un dedo y cuelgan sueltos, con el meneo que tienen al andar hacen un ruidito ... también algunas mujeres, aunque pocas, suelen cubrirse la espalda con un género de manta o capotillo, que hacen de pieles de conejo, y de nutria, con su pelo, hechas tiras y entretejidas con hilo de cortezas; pero por lo regular andan con todo el cuerpo descubierto excepto lo que tapan las nagüillas. En las noches de frío, y más en el invierno, hacen una lumbrada, y se ensartan al rededor de ella acostados y apretados, y aun medio enterrados en la arena como cochinos: y de día suelen ir con un tizón en la mano, y se lo arriman al cuerpo en donde sienten más frío, ya detrás, ya adelante, ya al pecho, ya a la espalda, ya al vientre, y éstas son sus frazadas, y en acabándosele la lumbre tiran aquel tizón, y buscan otro encendido. Los hombres usan mucho el embijarse de colorado con almagre, y de negro con una tierra reluciente y negra de color aplomado, con lo cual parecen cosa del infierno, y más de noche, y también de blanco y de otros colores, y se embijan no solo la cara, sino también todo el cuerpo, y se lo pegan con el unto de tuétanos, o de otros ingredientes de tal modo que aunque se metan en el río, y se bañen mucho, como acostumbra, no se les quita fácilmente el embije; y los que no adquieren otra cosa mejor, se tiznan con carbón de arriba a abajo, con varias rayas, y labores, que parecen diablos, y esa es su gala. Las mujeres solo se embijan de colorado, y es muy común entre ellas; y solo una muchacha grande vi, que encima del almagre tenía unas pintas blancas redondas en dos filas, de arriba a abajo de la cara. Llevan los hombres las orejas taladradas con tres o cuatro gruesos agujeros (las mujeres no tanto) y en ellas llevan colgados unos mecatillos de lana, o chomite, y otros colgajos; y también en el cuello traen unas buenas ensartas de cabezas secas de unos animalitos, que parecen escarabajos, de que hay por allí: y son muy afectos a cuentas, o abalorios con los cuales cambalachaban sus pocas frazadas, con que se aviaron algunos de la expedición, y también sus semillas, y otras cosas que trajeron, de modo que ayer se venderían en el Real como quinientas sandías, y muchas calabazas, maíz, frijol, y hoy se vendió más de otro tanto....

El día 8 de diciembre el padre Garcés les mostró un lienzo a los naturales con la imagen de la virgen María y, en su lado opuesto, la de un condenado al infierno. Esta última figura les causaba mucho horror y con gritos pedían que el misionero volteara el cuadro; en cambio, a la virgen le gritaban alabanzas mientras el fraile les explicaba, con señas, los misterios de la fe.

Garcés observó que en los alrededores de la Laguna de Santa Olaya había mucho pasto y por ello los soldados convinieron en que el lugar era apto para la crianza de caballos. También elogiaron la bondad de la tierra, ya que en ella los aborígenes cosechaban calabazas, melones, maíz y frijol, productos que los miembros de la partida de De Anza recibieron en trueque por la bisutería que el comandante había dado a la tropa.

El día 9 de diciembre el padre Garcés se despidió de la expedición y se dirigió a distintos puntos situados en el sur del actual valle de Mexicali, donde se encontraría con integrantes de la tribu cucapá. En su recorrido llegaría cerca de la desembocadura del río Colorado, a la altura de los 32° 17”.

Un día antes de la despedida del padre Garcés se tuvo que tomar una decisión. Para llegar

desde Santa Olaya a la seguridad de la ciénega de San Sebastián, lugar con mucha agua y pasto (probablemente un remanente del antiguo lago Cahuilla y situado un poco al norte de las actuales montañas Superstición, en el hoy Valle Imperial), se decidió seguir una nueva ruta reportada por los exploradores, quienes ya se habían adelantado desde la confluencia del Gila y comunicaron a De Anza que había un camino alrededor de las dunas de arena en el oeste, sin necesidad de hacer un largo rodeo hacia el sur, itinerario utilizado en la primera expedición. Esta información permitió una ruta más directa a Santa Rosa de las Lajas, sitio que contaba con pozos de agua, al noroeste de Santa Olaya, y que había descubierto De Anza en su primer viaje. Este lugar se encuentra hoy al suroeste de la ciudad de El Centro, California, y muy cerca de la frontera mexicana.

El nuevo itinerario los llevaría hacia el noroeste para cruzar lo que después sería conocido como Río Paredones, un canal de desagüe del Colorado que tomaba sus aguas de afluentes desprendidos al sur de Yuma y las llevaba a un cauce bajo, denominado hoy Laguna de los Volcanes. Allí donde cruzaron el Paredones encontraron agua y al lugar se le nombró El Carrizal.

Se decidió que la gente y las recuas de mulas de la expedición integrarían tres grupos distintos para emprender las largas y agotadoras marchas que les esperaban. En una división irían el padre Font y el comandante De Anza, otra estaría al mando del sargento y una tercera la guiaría el teniente, cada una con 12 soldados y caballos. El ganado se iría aparte el día 10 y continuaría, por rumbo distinto, hacia la ciénega de San Sebastián, en un recorrido que duraría dos días.

Tal como lo habían planeado, el 9 de diciembre llegaron a El Carrizal, después de una marcha de 5 leguas, y encontraron manantiales que llamaron Pozos de la Alegría, con agua suficiente.

Desde El Carrizal, el 10 de diciembre a las doce y media, se dirigieron 5 leguas hacia el oeste con leve inclinación al norte, hasta que llegaron, casi a las seis de la tarde, al cauce seco de un canal de desagüe del Río Colorado que no ofrecía nada, excepto leña de mezquite seco en abundancia. Era el actual Río Nuevo, al que el padre Font denominó en su diario Barranca Seca. Aquí ya se encontraban muy próximos a la actual zona urbana de Mexicali.

Ya que necesitaban madera para alimentar las fogatas protectoras del frío decidieron pernoctar ahí. Luego se les dio a las monturas el forraje y grano que traían como bastimento, porque anticipaban ya la falta de pasto.

El día 11, a las tres de la mañana, se les proporcionó de nuevo alimento a las cabalgaduras. Entonces se les colocaron los arreos y la carga, para dirigirse rumbo al noroeste a las siete de la mañana. En el camino se encontraron con muchas dunas de arena, pero con mejor ritmo del que esperaban llegaron en la tarde, bajo un cielo nublado, al pozo de Santa Rosa de las Lajas, tras viajar 14 leguas en poco más de 9 horas. Aunque ya casi anochecía, se enviaron algunos hombres provistos de herramientas para que facilitaran el flujo del agua de seis pozos que se abrieron. De Anza mismo puso manos a la obra, con lo cual se les dio agua a muchas cabalgaduras antes de las diez de la noche.

Casi enfrente de ellos y hacia la izquierda se encontraba el Cerro del Imposible, punto de referencia que hoy conocemos como El Centinela y denominado Mount Signal en Estados Unidos. El lugar donde estaban, que figura en el mapa actual como Yuha Wells, es una franja de 5 km a lo largo de la frontera mexicana, lisa y desolada tierra de cambiantes dunas de arena. De Anza conocía el sitio desde 1774, cuando encontró el mencionado pozo de agua durante el recorrido de su primer viaje rumbo a California.

Al retomar su itinerario, la expedición del comandante De Anza cruzó el desierto del Colorado, hoy Valle Imperial. Gradualmente llegarían, después de algunas vicisitudes, al sitio donde se fundaría, nueve meses más tarde, el presidio de San Francisco.

Luego de cuatro exploraciones en La Frontera (como se denominaba en la época del virreinato a lo que hoy es el estado de Baja California), entre julio y diciembre de 1796 el teniente coronel José Joaquín de Arrillaga, gobernador interino de las Californias, regresó a Loreto y redactó su informe al virrey. Recomendó la construcción de un gran presidio en el bajo delta del Colorado y la fundación de una misión a la mitad del camino entre los establecimientos de la costa del Pacífico y el mencionado río. Lo último fue aprobado por el virrey y el 12 de noviembre de 1797 se fundó la misión de Santa Catalina Virgen y Mártir, que llevó una existencia precaria debido a que habitaban ahí aborígenes hostiles. En esas expediciones de 1796 Arrillaga también deseaba averiguar si era posible abrir comunicaciones por tierra con las misiones de Sonora, lo que había sido el sueño de Kino y Salvatierra casi un siglo antes. Por el territorio que se recorrió y los detalles de lo que se observó, esas expediciones no tienen punto de comparación en la historia temprana del actual estado de Baja California. Arrillaga y su gente escudriñaron sitios del puerto de San Felipe de Jesús, las Sierras de Juárez y de San Pedro Mártir, el Río Hardy, la Laguna de los Volcanes, la Laguna Salada y la región costera que va desde la misión de San Diego hasta la de San Fernando Velicatá.

Lo siguiente es una descripción de lo que hallaron en el área del Río Hardy, donde la presencia de los agricultores cucapás era predominante:

Aunque no nos dimos cuenta al ir hacia adelante, al regresar por la misma ruta se hallaron dos cuerpos en el camino, y otros tres en la laguna. Dos de los occisos fueron muertos por la vanguardia en la última batalla, y uno de ellos por los mozos de mulas. Al habernos dejado ya libres (porque, aunque ellos nos seguían a cierta distancia, no intentaban otro ataque), inspeccioné mis tropas y otras cosas y no encontré nada nuevo. Continué mi camino hacia una laguna cerca de la ruta por la cual había alcanzado el río. Llegué al amanecer. Al temer que ellos intentaran atacarme, decidí que nos moviéramos tres leguas mas allá, con el propósito de dar a los caballos y la gente algún descanso. Llegamos a las siete de la mañana a un pozo. Cerca de las nueve en punto me dijeron que desde las alturas de la sierra cercana venían alrededor de ochenta indios descendiendo. Ordené al sargento y ocho hombres avanzar, y permanecieron a la vista de los gentiles. No había duda de que habían venido a observarnos.

Ninguna persona había salido herida en los asuntos relatados, como previamente reporté, aunque algunos fueron alcanzados por las flechas. Hubo ocho caballos heridos y una mula fue muerta.

Debo francamente confesar que, aunque la tarde anterior ellos me dieron amplios motivos para castigarlos, tuve piedad de su condición miserable. A causa de que me atacaron tres veces en la noche me podía haber vengado con la sangre de muchos de ellos, y podía haber destruido sus rancherías y familias, ya que con su retirada la mayoría de los naturales permanecían en el lado norte a mi merced. Ellos abandonaron sus casas con el fin de ir hacia adelante y enfrentarme. Pero tuve consideración, lo que reflejaba mi propósito de que deseaba explorar la tierra y no destruirla.

Todo lo que recorrí hoy, desde mediodía hasta la oración de la tarde, es buena tierra para el cultivo. En la ranchería donde estuve en la mañana había una

parcela de melones maduros, sandías, calabazas, y frijoles, del tipo que ellos llaman yurimuri. También vi muchas calabazas y melones que ellos conservan secos. La cosecha de maíz ya había sido almacenada. A partir de esta ranchería hay otras a lo largo de la orilla del río. Todo el suelo es húmedo. Poco después de partir yo dejé el río hacia la derecha y las otras rancherías. Viajé cerca de dos leguas por una tierra que evidentemente estaba cultivada pero abandonada. Entonces recorrí otras dos leguas donde ellos cosechaban calabazas, melones y sandías. La tierra estaba poblada con casitas o chozas de un modo en que cada casa tenía su parcela y algunas de ellas bastante grandes. Aquí todo lo que el ojo puede alcanzar está poblado y lejos del río. Fui informado de que en la proximidad del río había todavía mayor cantidad de habitantes. En esta región me hicieron varias señales para que me detuviera pero decidí no hacerlo. En casi todas esas casitas había un caballo o yegua, y en algunas dos o tres, pero todos estaban amarrados. Los caballos eran de buena clase. Mucha gente que cabalgaba se me unió. Hacia la mitad de esos campos de cultivo había algunas lagunas pero todas contenían agua salobre que los animales no podían beber. Los gentiles tienen algunos pozos de cerca de cinco metros de profundidad, y en algunos casos más profundos, de donde beben. Sus cosechas no dependen de la lluvia. A mí me pareció que el río no estaba conectado con las lagunas. Vi pescado que sacaban de una de ellas. Deduje que esas lagunas están formadas por agua de lluvia, y que cuando están llenas el agua es buena para beber, las que al secarse vuelven salobre su contenido, ya que la tierra es algo salina. En algunos lugares esas lagunas son bastante extensas en su longitud. No son anchas pero, cuando se llenan, solamente a nado se puede cruzarlas. A lo largo de sus orillas hay algunas plantas de carrizo, tan altas como un hombre a caballo. En el sitio donde dejé esas lagunas la tierra cultivada disminuye en cerca de dos leguas, y es claro que es menor la cantidad de gente que vive ahí. Pero a lo lejos tienen sus campos de cultivo y sus chozas.